



Dibujos de Rafael Azcona para «La Codorniz», que marcó época e influyó en sus magistrales guiones de cine



## El Rafael Azcona «perdido»

► Toda la obra del escritor en «La Codorniz» ve la luz editada por Pepitas de Calabaza & Pimentel. El 15 de noviembre sale el primero de los libros

ANTONIO ASTORGA  
MADRID

Lo raro era vivir en aquel Madrid de *chantillí y nata* (Manuel Alcántara *dixit*), circa 1950, cuando un poeta logroñés, Rafael Azcona, llegaba al café Varela para dibujar sobre el velador usando como pincel una servilleta de papel enrollada y empapada en los restos de la taza. La ciudad olía a gallinejas, tabaco y pan. Azcona portaba un cargamento de talento en unos ojillos que se le enternecían con la sonrisa, y sin una perra gorda en el bolsillo. Quería ser vate. Consumía su adolescencia escribiendo poemas tristes sobre cosas alegres hasta que se le apareció un Ángel, Antonio Mingote, en aquel Varela donde daban asiento y agua gratis y, los viernes, todo poeta con ínfulas tenía la oportunidad de recitar su «triste» ante la parroquia. Un día Mingote le invitó a merendar codornices y Azcona gestó allí su maravilloso mundo.

La editorial Pepitas de Calabaza y Fulgencio Pimentel reúnen en tres volúmenes todas las colaboraciones, gráficas y literarias, algunas completamente «desconocidas y perdidas», que Rafael Azcona publicó en la revista *La Codorniz* entre 1952 y 1958. El primer libro -¿Por qué nos gustan las guapas?- recoge los textos azconianos de 1952 a 1955 y verá la luz el 15 de noviembre. El segundo volumen -¿Son de alguna utilidad los cuñados?- continuará desde 1956 a 1958; y el último, *Repelencias*, dará cuenta de todos los dibujos, viñetas y collages que Azcona publicó allí de 1953 a 1956. Se recupera así la obra «perdida» de quien sería el gran guionista de nuestro cine, extraordinario novelista y un creador que no guardaba nada, y todo lo entregó al nada fatuo fuego de la imprenta.



Rafael, a punto de inventar el Repelente Niño Vicente.

«Empecé a dibujar a fuerza de ver a Mingote»

«Dibujo porque veía a Mingote dibujar en el café -confesaría Rafael Azcona-. Tomábamos café juntos todos los días. Mis dibujantes favoritos son el español Mingote y el americano Steinberg»

Amigo, guía, espejo, mentor, maestro, confesor, hermano mayor, Mingote lleva a Azcona a su casa, le presta libros de Kafka -«hito fundamental, entre *La metamorfosis* y *El castillo* lo encierran buena parte de los esquemas dramáticos del futuro Azcona», sostiene Bernardo Sánchez Salas en el prólogo del primer libro-, y un buen día le coge de la mano, le presenta a Azcona al director de *La Codorniz*, Álvaro de Laiglesia, y le libera así de una insensata y pasajera condición de «poetaastro». Azcona confiesa que rimaba, «o rípiaba», con un pseudoamor no correspondido. Y se convierte en colaborador fijo.

### Principio de genialidad

Azcona principia a colaborar el 21 de septiembre de 1952 -«Reunión de vejestes», y publica sus primeros chistes gráficos en *La Codorniz* el 22 de febrero de 1953, junto a una «Comedia rosácea» con carterero rural enfermo y su hija titulada «El terrible vendaval», un catálogo de «Píropos para caballeros» y un «Recetario doméstico» de remedios curativos. Un cometido gráfico menos conocido de Azcona fue su etapa de caligrafista para Mingote: «Yo dibujaba y él me ayudaba a veces. Hice para *La Codorniz* *El malvado Carabel*, que es una novela de Wenceslao Fernández Flórez. Lo hice en cómic, los textos los escribía Rafael Azcona. Vamos, yo lo elegía y él los escribía porque tenía una letra muy bonita», confiesa Mingote a Sánchez Salas. Otros cómics, como las *Aventuras del novel enmascarado*, presentan la misma tipografía en los textos de los bocadillos y de los cartuchos que en *Carabel*. O sea, puro Azcona.

A principios de 1954, Azcona lleva ya docientas colaboraciones en *La Codorniz*, un banquillo de «heterónimos» -Az-

**Elogio del calígrafo**  
Azcona fue caligrafista de Mingote, y este le ayudó en el parto del «Repelente niño Vicente»

cona/Az./Profesor Azconovan/Arrea-, y su máxima expresión -gráfica y discursiva- está al caer: el «Repelente niño Vicente». Mingote le echaría una mano con el parto del dibujo. El primero de los mosaicos aparece el 14 de marzo de 1954. Todo el afán del «repelente» será desautorizar, desestimar, despreciar y desaconsejar aquello que no es oficial, científico, provechoso, útil, higiénico...

Azcona lucha contra la ranciedad desde la ironía. Como la ironía crítica en torno a la figura del pobre en textos como «¿Para el bien común?»: «Los pobres de pedir limosna, tan nefastos en toda república, pueden ser utilizados para el bien común: pobre utilizado como recipiendario de bofetadas nacidas de los histerismos. Todo el mundo sabe que muchos esposos reciben fuertes bofetadas de sus esposas, cuando éstas atraivesan un ataque de histeria. Para evitar que los esposos sean abofeteados, se toma a un pobre, se le viste de gala y se ofrece a la ira de la esposa enfadada».

*La Codorniz* resultó para Azcona una cantera de talento: la composición, el tema, el sonido, la acritud, el *dramatis personae* de «Los muertos no se tocan, nene»; «El pisito», «Los ilusos» o «Pobre, paralítico y muerto», gestadas entre 1956 y 1958, explica Sánchez Salas. «Son obras del ejercicio semanal en la

revista, y acabarán modificando la forma de escribir (y pensar) de Azcona.

Los individuos viven en las plantas inferiores del mundo cruel, nada de sentimentalidad, retórica, eutrapelia. La desgracia o la compasión no nos hacen mejores. Ni las buenas costumbres, ni el orden familiar, moral, religioso, burgués, político... Sobre aquella barra reina el caos, la contradicción, la injusticia, la violencia, el esperpento, la «descojonación». Sobrevivir, a toda costa. «Aquí, en España, se nos educaba para morir bien», nos fulminaría Azcona.

## Muere Werner Henze, el compositor excepcional que «venció» al siglo XX

► Su vida fue reflejo de la historia. Es autor de un gran catálogo, con 15 óperas y 10 sinfonías

ALBERTO GONZÁLEZ LAPUENTE  
MADRID

Sería muy difícil entender el mapa sonoro del siglo XX sin la obra de Hans Werner Henze (Westfalia, Alemania, 1926-muerto ayer en Dresde, donde recibía un homenaje), músico entregado a las peripecias existenciales y artísticas de ese tiempo, y hombre capaz de conciliarlas a través del compromiso estético y personal. Pero hablar del siglo pasado es hacerlo de la modernidad que crece desde la Segunda Guerra Mundial, cuando Henze aparece en la escena musical. Entonces, mediada la década de los cuarenta, en Darmstadt se cocinan las teorías que debían determinar la música del futuro. Henze las trabaja en el «Coro de los prisioneros troyanos», y será de los primeros en abandonarlas al entender que el error está en confundir el procedimiento con el propósito.

A partir de entonces surge un catálogo con diez sinfonías y quince óperas que son una excepcionalidad en su tiempo, conciertos instrumentales, canciones, cuartetos de cuerda... que explican la prolija capacidad de quien defenderá una música enriquecida desde la traición, de Mozart a Mahler, de Stravinski a Hindemith, con influencias del folclore, el jazz, la música popular urbana y las danzas históricas. El eclecticismo llama a reunir en derredor un mundo de sor-



### Entre Italia y España

Nacido en Alemania, marcado por el rechazo a los nazis, su militancia comunista, su homosexualidad y su apoyo a la revolución cubana, rechazó y superó el lenguaje dogmático de las vanguardias y compuso un inmenso catálogo. Se exilió en Italia y adoraba España donde el Teatro Real programó dos de sus óperas

prendente riqueza en el que siempre afloró lo expresivo subordinado a la tonalidad libremente entendida y al fluir interior de las voces («que pueden ser cantadas como en la música antigua», dirá el propio compositor).

«El rey ciervo», ópera de más de cuatro horas de duración escrita en 1956, es un resumen que hará efecti-

va la inquebrantable fidelidad al texto poético en uno de los más grandes compositores de ópera del pasado siglo. La voz porque también es el mensaje como demuestra con «Voices», colección de canciones sobre multiplicidad de acompañamientos en las que se plantean problemas de actualidad: la miseria de la emigración, del racismo, de la intolerancia, la agresión bélica y la suerte de las víctimas.

Para entonces ya se ha revelado el hombre político que en 1968 apoya a la revolución marxista de Cuba y hace bandera con el oratorio «La balsa de la medusa», homenaje al Che Guevara y estreno prohibido y reprimido con despliegue policial, y «El Cimarrón», narración sobre la vida de un esclavo negro cubano que escapa de sus opresores. Mientras, Henze es internacionalmente reconocido y premiado, es un autor que interesará a los más grandes intérpretes: Scherchen, Stokowski, Solti, Barenboim, Bernstein, Maderna, von Dohnányi, Celibidache o Karajan, por citar solo a directores. Y alguien que extiende el compromiso al afán pedagógico creando el «Cantiere Internazionale» de Montepulciano, taller musical para jóvenes.

«Creo en el apasionamiento», escribirá para explicar esta etapa, la razón profunda de su obra y otras semejanzas con Italia, donde vivió, y España, a la que admiró: «El oscuro sentimiento de la pasión es inherente a mis semejantes españoles, les domina y define su existencia, y nos llena al resto de los europeos de asombro y simpatía. ¿Qué sería de nosotros, los viejos europeos, sin la sociedad de nuestros vecinos españoles?»

## Nuestra cultura tiene una deuda con él

POR JAVIER ALFAYA

Hans Werner no fue solo un compositor extraordinario, uno de los mayores del siglo XX, sino algo más: un hombre íntegro, inteligente, dotado de una maravillosa capacidad de entendimiento, de tolerancia y de humanidad. Ha muerto el día 27 de octubre de 2012, en Dresden, la ciudad del Este del país de la Música, Alemania, en la que iba a ser protagonista de un gran homenaje. Tenía 86 años y según su deseo va a ser enterrado en Marino, el pueblo cercano al Lago de Albano, a cincuenta kilómetros de Roma, allí donde está la tumba de su amigo Faustino Moroni, que le acompañó a lo largo de muchos

años. Fausto y la gran escritora Ingeborg Bachman fueron posiblemente las dos personas a las que más amó, las que dejaron más señales en su historia vital.

Conocí a Hans allá por la primavera de 1977, cuando hizo un solitario viaje a España, un país por el que sentía un gran respeto y simpatía, aparte de que tenía un raro conocimiento de su cultura y su historia. Fue un encuentro casual. Cuando una persona conocida me comunicó que Hans acababa de llegar a Madrid, una ciudad en la que no conocía a nadie y en la que posiblemente jamás se había interpretado una sola de sus obras, le llamé por

teléfono al hotel en el que estaba hospedado. Por supuesto no me conocía de nada, pero se mostró encantador y yo acudí a la cita acompañado de un amigo, excelente compositor entonces desconocido y -que lo fue hasta hace bien poco- llamado Eduardo Rincón. Pasamos una noche de estupendas conversaciones en las que se inició una profunda amistad, a la que después de añadiría mi mujer, Barbara McShane. Más tarde nos encontramos en Londres -una noche durante la cual se estrenó una obra basada en uno de los poemas de «Poeta en Nueva York» de García Lorca-, en Marino, en su bellísima casa de campo y de nuevo en Madrid cuando la ONE de Josep Pons le dedicó una de sus «Cartas Blancas», después de «El Real», se dieron dos de sus espléndidas óperas y en la Fundación March su obra pianística.

Ahora ha muerto dejando atrás una obra fascinante y la cultura de nuestro país una importante deuda con él.